

preocupado, que pasaron dos señoras sin oírle el estribillo: *La charité, s'il vous plait.*

En 1815, durante mi destierro en Bruselas, entré en una librería para comprar algunas obras.

Un señor gordo y guapo paseábase por el almacén, dando órdenes á los cinco ó seis dependientes que había en el mismo. Nos miramos uno á otro, como aquellas personas que, sin poderse reconocer, tienen idea de haberse visto en otra ocasión.

—Caballero, — me dijo al fin el librero, — ¿hace veinticinco años iba usted con frecuencia á Versalles?

—¿Cómo, Antoine, es usted! — exclamé yo.

—En cuerpo y alma, — contestó él; — el caballero aquél tenía razón; sus consejos me han hecho adquirir los diez mil francos de renta que me ofreció.

De donde se infiere que si puede haber algunos que se dedican á pedir limosna por el placer del *dolce far niente*, habrá muchos también que

se verán obligados á solicitar un auxilio por carencia de trabajo, para dar de comer á sus hijos, ó porque se hallen imposibilitados por falta de salud. Y en estos casos, resultaría cruel é inhumano dejar de ser caritativo.

El Rey, — según los libros sagrados — dirá á los que están á su derecha: venid, benditos de mi padre, y poseed el reino que os tengo preparado desde la creación del mundo, porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber; porque siendo peregrino me hospedásteis, hallándome desnudo me vestísteis, estando enfermo me visitásteis y encontrándome en la cárcel vinísteis á consolarme. Entonces le responderán los justos: « ¿Cuándo, Señor, te vimos hambriento y te alimentamos? ¿Sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos peregrino y te hospedamos? ¿Cuándo te vimos enfermo ó encarcelado y fuimos á visitarte? » A estas preguntas, responderá el Rey:

—En verdad os digo, que siempre que lo hicísteis con alguno de mis hermanos, aun con el más pequeño, conmigo lo hicísteis.

¡Y es tan hermoso esto!...

M. MOLINÉ ROCA

LAS ESCUELAS DE D. ANDRÉS MANJÓN

CUANDO el viajero visita el recinto interior de la bella Granada, puede explayar la vista y recrear su ánimo contemplando los numerosos monumentos árabes que nos recuerdan la grandeza de un pueblo hoy decadente, y que durante ocho siglos dominó, en todo ó en parte, nuestra península, desarrollando en ella una civilización rica en ciencia y en arte, cuyas huellas son todavía la admiración de propios y extraños.

El historiador y el literato encuentran, en sus monumentos y en sus archivos, preciosos testimonios para completar el estudio moral de aquel pueblo, y el artista puede admirar además en sus museos los bellísimos lienzos animados, después del Renacimiento, por la fecunda paleta de los pintores de la escuela granadina.

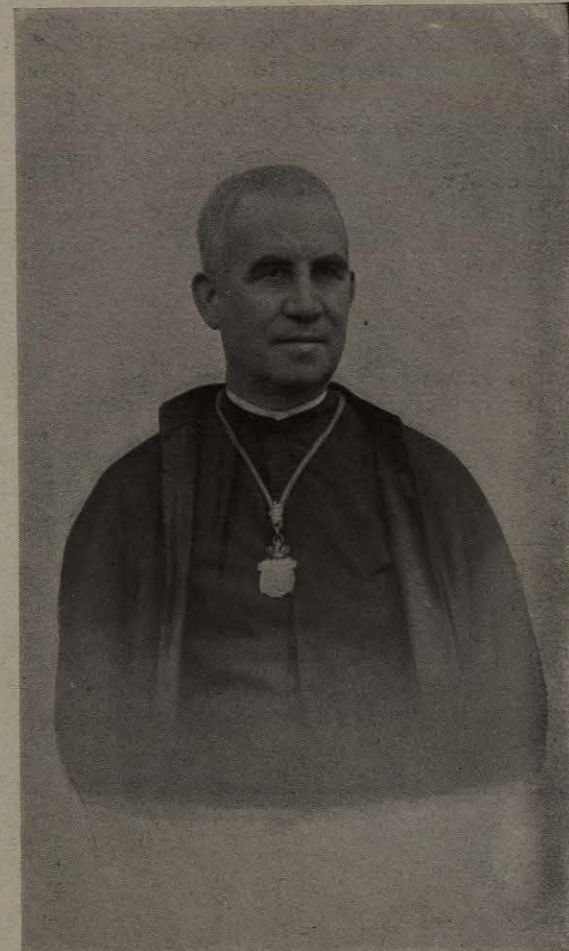
Al bordear las orillas del Darro, en dirección á las alturas del Sacro Monte, se ofrece á la vista del caminante un soberbio paisaje, exuberante de vegetación, salpicado de pintorescos cármenes, cuyas casitas, medio escondidas entre los árboles frutales, regocijan el ánimo y nos dan una idea del Paraíso terrenal.

Pero, en medio de tanta belleza, ofrecen un contraste desconsolador las ahumadas bocas de numerosas cuevas, donde tienen su habitación centenares de infelices gitanos, que, á pesar de la naturaleza espléndida que les rodea, y de hallarse en contacto con la ciudad del arte y de la poesía, se muestran refractarios á toda civilización y á todo progreso.

Pocos años atrás, interceptaban á cada momento el paso del caminante turbas asquerosas de gitanos, que pedían limosna con formas poco corteses y hasta amenazadoras, demostrando que la seguridad individual se hallaba poco garantida en aquellos deliciosos lugares.

Hoy, el viajero, sin verse importunado por la molesta caterva de gitanillos, puede dar expansión al ánimo, contemplando á sus anchas los pintorescos cármenes, y, mientras medita sobre el origen y el porvenir de la raza gitana, al contemplar sus antros miserables, interrumpen con agradable frecuencia sus meditaciones los ecos lejanos de mil voces infantiles que entonan, desde la enramada, cantos patrióticos y religiosos. Y es que allí el venerable sacerdote don Andrés Manjón, catedrático de la Universidad de Granada y canónigo del Sacro Monte, ha establecido una *colonia escolar*, taller admirable de cultura, para educar y mantener de balde á los hijos de los pobres y de los gitanos, con el fin laudable de convertirlos en ciudadanos honrados y laboriosos, y regenerar pueblos caducos y razas decaídas. La monótona cantinela de las molestas turbas de muchachos postulantes, se ha convertido en pocos años, por medio de la educación, en melodioso coro de ángeles.

Con muy escasos medios, empezó don Andrés Manjón la obra grandiosa de regenerar á ese pueblo gitano que hace vida poco menos que salvaje á las puertas de Granada.



Sin arredrarle las dificultades con que había de tropezar en su empresa, empezó su benéfica institución fundando una modesta escuela en el camino del Sacro Monte; atrayendo á ella, con su bondadoso carácter y con dádivas, á los niños más necesitados de amparo.

Su sueldo íntegro y las limosnas de algunas personas caritativas bastaron al principio para educar, mantener y vestir de balde á los pocos niños que asistían á la *colonia escolar*, y que permanecían en ella desde las primeras horas de la mañana hasta cerrada la noche, en que regresaban á sus míseros hogares, contentos y satisfechos, preguntando á los cuatro vientos la filantropía de su bienhechor.

La concurrencia á la *colonia* iba en aumento, y los medios materiales para sostenerla se hacían insuficientes. Manjón llamó en auxilio de los niños desvalidos á las personas generosas; éstas respondieron al llamamiento; á mayores necesidades iban llegando mayores socorros; de tal manera que, en 1895, el entusiasta protector de los niños pobres albergaba y educaba ya 932 niños de ambos sexos, en tres hermosos cármenes, que el propio señor Manjón describe de esta manera:

« Allí, todo es amplio alegre y sano: hay ancho campo para juegos y labores; hermosos jardines, para recreo de la vista y del olfato; abundantes y cristalinas fuentes, para riego, bebida y limpieza; embovedados de parras, madreselvas, rosales y pasionarias, para quebrar los rayos del sol, y copudos árboles que dan sombra y fruto á la vez; allí, se respira un aire puro y embalsamado; las flores se suceden sin interrupción, las aves cantan á porfía, los niños juegan á sus anchas, sin que á nadie molesten, y todo es allí salud, alegría, movimiento y vida. »

He aquí el pintoresco lugar que ha elegido don Andrés Manjón para la educación y el asilo de los niños pobres, dispuesto, con la mayor abnegación y con el mayor entusiasmo, á convertirlos en ciudadanos honrados y laboriosos.

Desde 1895, los tres deliciosos cármenes antes descritos se han aumentado en otros tres, de modo que la *colonia escolar* de don Andrés Manjón cuenta ya hoy con seis preciosas fincas, en las cuales, á más de las escuelas de párvulos, elementales y superiores, se levanta un hermoso templo, una Escuela de Artes y Oficios, y talleres destinados á lavado, planchado, cosido, bordado y marcado; cuyos talleres proporcionan algunos rendimientos, para ayudar á sostener tan civilizadora institución.

Hoy se educan allí de balde más de un millar de niños, se les da de balde todo el material de enseñanza, y de balde se les mantiene y se les viste, hasta donde lo permiten los recursos de la colonia, el sueldo de su generoso bienhechor y los donativos de los protectores de tan grandiosa institución.

La Escuela de Artes y Oficios y los talleres recientemente montados, permiten al señor Manjón mantener á su lado algunos años más á la juventud que sale de sus escuelas; pudiendo, no sólo completar su cultura, sino guiarla con sus consejos, precisamente en esa edad de la vida en

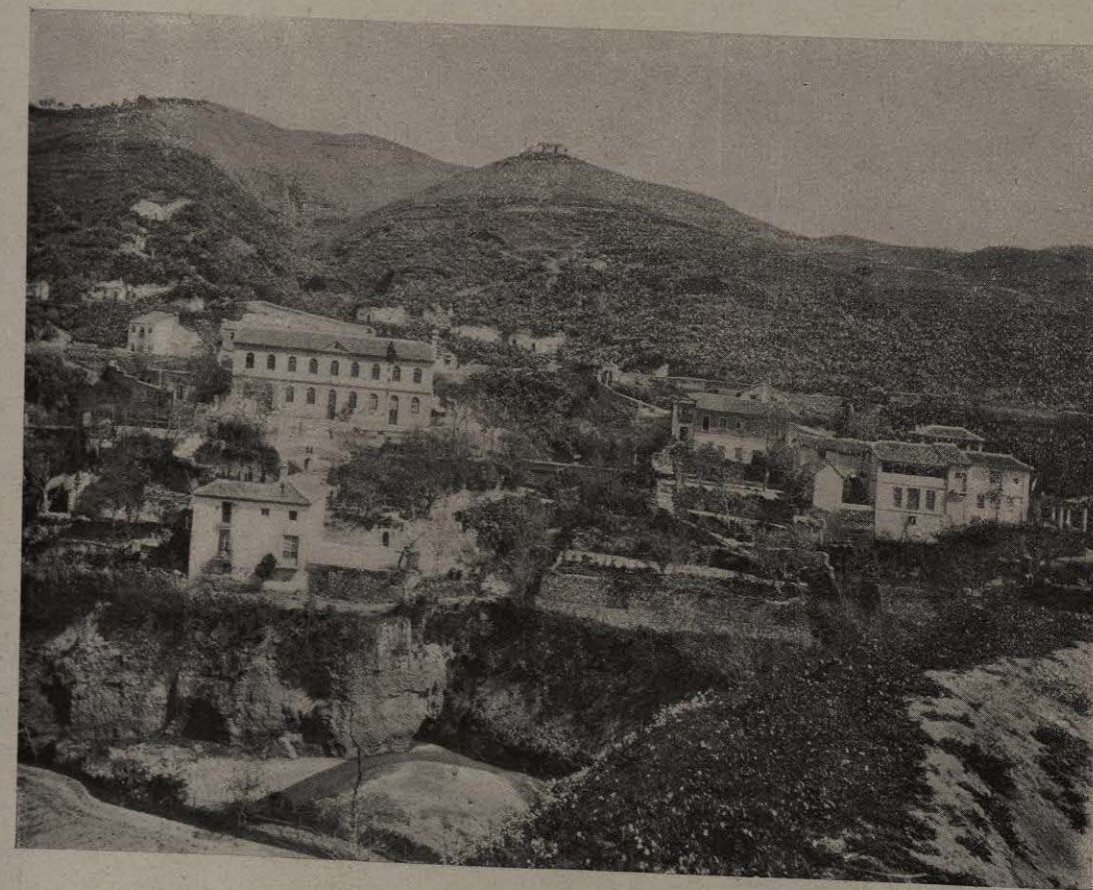
Le fué preciso montar un pensionado, partiendo siempre de la base de que las pensionistas eran pobres. La enseñanza y todo el material se da gratis á todas las educandas, y las de fuera de la población tienen establecido un internado asequible á todas las fortunas. He aquí como expone el señor Manjón el mecanismo de su pensionado de Sargentés:

« Como la misión de nuestras escuelas no es educar á ricos, sino á pobres, y las niñas, separadas de sus madres, no pueden quedar al acaso en una posada, se ha fundado para ellas un internado, tan barato que, por una peseta al mes, se les da casa, cama, cocina, luz, sal y asistencia, y hasta médico y medicinas. ¿Cómo es posible esto? Poniendo la Escuela lo que falta y obligando á las niñas á servirse á sí mismas.

» Y no se crea que lo que falta es mucho; porque aquellas gentes viven con poco, y ese poco lo traen de su casa, desde la comida hasta la jofaina donde se lavan, el vaso en que beben y la escudilla en que comen.

» En la Institución, no hay amas ni criadas, todas se sirven á sí mismas. Por turno, barren, guisan, lavan, traen agua, disponen sus camas, y si bien hay una mujer que las suple y guía, ninguna puede excusarse de hacer su oficio, cuando le corresponde. Las niñas muy mimadas y consentidas que se resisten obstinadamente á servirse á sí mismas y á servir á las demás, sobran en aquella casa, montada para educar pobres á lo pobre, y no para fabricar haraganes con moños y tirillas. ¿Qué ganaría la humanidad con que hubiese un centro más, donde se fomentara la raza de los seres caros é inservibles? ¡Hartos hay, por desgracia! »

Terminaremos haciendo constar, que el señor Manjón tiene hecho un trato con sus paisanos, los habitantes de Sargentés, mediante el cual, éstos se comprometen á mantener un rebaño de carneros, propio del señor Manjón, y éste en cambio, se compromete á mantener y educar de balde á todos los niños de Sargentés, varones y hembras.



SITUACIÓN QUE OCUPAN LAS ESCUELAS DE D. ANDRÉS MANJÓN.

que el hervor de las pasiones necesita un freno, para evitar que se malogre la obra de la educación de la infancia.

Además de los *cármenes escolares* de Granada, ha montado don Andrés Manjón otra colonia benéfica-educativa, en Sargentés su pueblo natal, pequeña aldea de sesenta vecinos, con título de villa, situada en la provincia de Burgos y en una elevada meseta de los montes de Cantabria.

Sin medios para fundar como pretendía dos escuelas, una de cada sexo, fundó primeramente una de niñas; teniendo en cuenta que la mujer forma al hombre, y que importaba ante todo dar á las mujeres de su pueblo una sólida educación, á fin de disponerlas á ser buenas madres de hombres robustos é ilustrados.

Y como quiera que algunas de las alumnas mayores de la Escuela de Sargentés mostraran vocación para el Magisterio, estableció el señor Manjón, junto á la escuela de niñas mayores, otra de párvulos, ya para que las aspirantes á maestras se ensayaran enseñando á los parvulitos, ya para que se educaran atendiéndolos y cuidándolos con la solicitud que requiere la infancia. De modo, que la Escuela de niñas de Sargentés vino á convertirse en una normal de maestras, con el carácter práctico de que carecen las que sostiene el Estado.

Convencido el señor Manjón de la educación defectuosa que se da á la mujer que aspira al Magisterio, y sobre todo á las que han de ejercerlo en las aldeas, ha procurado á todo trance desterrar de su Escuela Normal la rutina de las del Estado, y aligerar de los programas oficiales el bagaje de teorías inútiles, para dar á la enseñanza un carácter marcadamente útil y práctico.

Proponiéndose, como fin principal, formar maestras para las aldeas, no sólo atrajo á su Escuela de Sargentés muchachas de las cercanías, sino que acudieron en gran número, de comarcas muy distantes.

Si España contara con algunos patricios como don Andrés Manjón, nuestra regeneración sería un hecho en breve tiempo.

PEDRO GARRIGA Y PUIG



GRUPO DE ALUMNOS Y PROFESORES DE LAS ESCUELAS DE D. ANDRÉS MANJÓN.

JOSE MASRIERA



DE MI CARTERA

(Exposición Robles, Escudellers, 5, 7 y 9)

TOMAS MUÑOZ LUCENA



IDILIO

CAPRICHOS

Los soñadores, desde el mismo borde de la cuna, levantan castillos de oro, con el talco de las partículas de sol que deslumbran sus retinas sensibles y asombradas de niño pequeño. Tendido á la larga sobre la mies recién cortada, paseando su vista por el azul del firmamento, entreteniéndose en querer soberbiamente contar una por una las estrellas del cielo, supremo problema matemático de un poeta adolescente que busca por encerrado el infinito, y escribe en él con la luz de los mundos que ruedan por el espacio su impasible suma, en las soledades agrestes de la campiña andaluza, sintió Ricardo ya sus primeras ansias de algo que entonces no era idea clara que se esfumaba en su propio pensamiento, pero que á la vez que le hacía querer reunir en una cifra todo el rítmico movimiento de los astros, le incitaba á encerrar en una estrofa toda la armonía que sentía despertarse en su espíritu. Midiendo los espacios y las sílabas, buscando siempre la igualdad, la simetría y la música en la creación y en el pensamiento, aquel pobre muchacho, tendido sobre la mies recién cortada, resumía su concepto filosófico de la creación en un número... X, en aquella suma de luz que no lograba jamás, y en un endecasílabo sonoro que siempre le resultaba cojo.

Con la vista fija en lo alto, en la serenidad de la bóveda celeste y muda, con el oído atento siempre al rumor de la naturaleza, esperando descubrir un día la melódica canción á cuyo compás la creación gira, cuando cansados sus ojos un día de mirar al cielo, púsolos en cosa más baja y terrena, el espectáculo de arriba hizole percibir más claramente lo feo y monótono del de abajo. Generalmente, toda idea engendra otra afín. En Ricardo, por extraño fenómeno psicológico, la idea, el espectáculo de la serenidad de los cielos, sugirióle su contraria, la de la lucha, la acción, el movimiento enérgico, continuado, sostenido. Viendo el cielo clavado, con clavos de brillantes, ocurriósele á él *desclavarse* del terruño á que le sujetaban los negros claros de la miseria. Tender el vuelo y partir. Lejos, lejos, tras de las altísimas montañas que cerraban el horizonte había otro mundo, otros pueblos, otras gentes, que podrían ayudarle á desentrañar aquella sinfonía no oída, aquel número ignorado, á terminar aquel endecasílabo cojo, las tres cosas en que compendia el todo lo creado.

Estaba seguro. Rayando con un inmenso pentágono el infinito, los puntos de luz serían las notas y se podría leer la música divina. Alineando en renglones cortos los astros esplendorosos, darían la suprema estrofa. Contando las estrellas, legando á poseer la X rebelde de sus sumas, la cifra final, tan anhelada, tendría el compendio y resumen de todo.

Llegó y luchó. Y en aquella obscura capital provinciana vióse más so-

lo, más abandonado que en su pobre lugar, tendido sobre la mies recién cortada, y oyendo el susurro del viento entre las espigas que doblan su cerviz al suelo, en espera de la hoz. Las gentes, indiferentes, no paraban la atención en él. La ayuda no venía. Aquel marco era también estrecho para su gran idea, para aquella gran idea del número, la nota y el endecasílabo...

Y siguió, siguió su camino á través de los pueblos y de las ciudades, buscando una gran multitud, como si en la multitud estuviera la inteligencia, como si aquella fórmula suprema, ese número que buscaba, pudieran dársele por un formidable plebiscito.

Al vislumbrar á lo lejos la gran ciudad, quedóse extático, en contemplación de místico ante la visión celeste. Su pensamiento, su oración dió un gran paso hacia el ideal, hacia el ideal perseguido á campo traviesa, como un asesino, por su tenacidad dura de labriego. Era de noche, y la gran ciudad denunciábase á sus ojos por el tachonado inúmero de luces de gas, dejando escapar un vaho luminoso, que semejava la mortecina lumbre de una hoguera medio apagada. Fijándose más, parecióle que la ciudad era un enorme brasero, cuyas brasas un titán, de un formidable puntapié, hubiera desparramado por el suelo, volcándolo... Un rumor sordo llegaba hasta él... la música, la gran música del Universo... Según se fué acercando, la música fué deshaciéndose, haciéndose más distintos sus ruidos componentes... la ilusión pasaba... la música se iba... el ideal se fugaba de nuevo. Así como el rumor desvanecía en muchos, aquella masa tremenda, aquella multitud terrible fraccionóse, y en medio de la gran ciudad, hallóse más solo que en la capital provinciana, que en la desierta era... Tronzado y rendido, con la esperanza muerta y el corazón rebosando amarguras, con su ideal á la espalda, como fardo inútil, Ricardo emprendió de nuevo su larga caminata. La esperanza le había fingido el logro de su ideal en las grandes ciudades bulliciosas, y el desengaño le empujaba á la soledad tranquila de su aldea. El ideal, el ideal no se alcanzaba luchando en los grandes centros de población. El número que suponía Ricardo sería la unión de esfuerzos, significaba la concurrencia, la brutalidad de las grandes masas despeñadas, aplastando los pequeños obstáculos que encuentra en su camino... Y vuelto á su lugar humilde, tendido sobre la dorada mies recién cortada, pensó que el logro del ideal no estaba en las grandes ciudades con que soñara un tiempo, ni acaso en parte alguna... ó estaba allí donde era imposible rayar el pentágono, encontrar la cifra y terminar el endecasílabo cojo...

JOSÉ DE CUÉLLAR

LA CRUZ DEL ROBLEDAL

En tarde otoñal, mediado crepúsculo, y lugar agreste y solitario, se ve en una eminencia un apiñado grupo compuesto de tres seres. Una mujer, un anciano y un joven, casi un niño. El anciano se muestra sombrío y huraño, la mujer acongojada y el joven resuelto. A sus pies se extiende ancho camino, á la derecha se alza una tosca cruz que sombrea la entrada de un espeso robledal: quedase á la espalda, en profundo valle, pequeño caserío; corre á la izquierda bullicioso río, que va á verter sus aguas en el más bravo de los mares; cerrando aquel cuadro, abruptas montañas coronadas de castaños, robles y avellanos. Aquellas montañas cobijan en sus quebradas, pueblo vasco: el caserío es San Vitores, el río el Deva, y el camino, el que dirige al no lejano puerto.

Mientras hemos descrito el paisaje, el anciano y el joven están para perderse en la revuelta de la carretera.

La mujer se apoya en los brazos de la cruz para no caer... ¡Ya apenas se divisan! ¡Ya van á desaparecer! En aquel supremo instante, lanzó la que se quedaba un grito intenso, amargo, desgarrador, grito de madre que se separa del hijo de sus entrañas, quizá para siempre. «¡Aquí, á esta hora, al pie de esta cruz te esperaré. Que la Virgen te acompañe, hijo de mi alma!» Estas palabras vertieron sus labios, en un grito de dolor, á la par que asomaban á sus ojos lágrimas amargas, oreadas por las vespertinas brisas de aquella tarde de otoño.

El joven que se alejaba, acompañado de su padre, no tenía veinte años, y se dirigía al puerto á unirse á su regimiento, para embarcar con rumbo á Filipinas.

La mujer que en la eminencia quedaba, cayó desfallecida al pie de la cruz...

Después... después, un lugar frío y solitario, flores con maleza en el patrimonial terruño, cenizas sin fuego en el ancho fogón, un sitio vacío en la rústica mesa, el otoñal ábrigo gimiendo en una pobre estancia sin morador, una noche incabable, triste el monte, triste el valle, tristes los ecos de la esquila de la ermita, tristes las murmurantes aguas del Deva, y triste la profunda y tenaz mirada de una mujer que, á la caída de la tarde, al pie de la Cruz del Robledal, abisma su



alma en la oración, al par que su viva y penetrante mirada no se aparta de las compactas nubes que ruedan por los horizontes en que nace la luz. Allí está Filipinas, y en su rumbo navega veloz vapor, sobre cuya cubierta otro sér también reza, tornando sus ojos á Occidente, viendo morir el último rayo del sol, en el que manda á su triste hogar sus más íntimos pensamientos...



Después... después, desconocidas tierras, en que el grito de guerra y el ronco tañido del *tambulig* tagalo substituyen á tres siglos de himnos de amor. El ara santa de las más puras ofrendas al rey del cielo y al soberano de Castilla, rota en mil pedazos. La fe discutida, la vieja patria odiada, y el más hermoso de los suelos sembrado de cadáveres, y el más poético de los cielos alumbrando larga y fratricida lucha.

Una noche, tras rudo pelear, rendido el cuerpo por todo género de fatigas, cayó el mísero soldado al pie de las trincheras; el insomnio y la falta de alimento le sumieron en ese pesado sopor, no sueño, en que ni el cerebro coordina, ni los ojos ven. Horas sin medida, en que el corazón ejerce sólo funciones automáticas.

Aquella noche fué la precursora de la rendición de Manila; el crepúsculo había sido muy breve. La garúa intertropical fué replegada en los últimos celajes, apareciendo en plena noche las bellísimas tintas del arco iris, cuyos colores combinaban en los cielos los pálidos rayos de la luna. ¡Hermosa era la que aquella memorable noche alumbraba el campamento, y el soldado, bien olvidando sus terribles efectos, ó bien subyugado por su belleza, concluyó por quedarse dormido, sin apartar de ella los ojos. Al toque de diana se levantó, mas las sombras le rodeaban. ¡Estaba ciego! La luna de los trópicos tiene encantos, pero también perfidias. El que se adormece ante sus pálidos destellos, suele despertar en la noche sin fin.

¿Qué pasaba entretanto en el solitario hogar del pobre ciego? El era el sostén de sus padres: el pequeño prado de que eran dueños, poco á poco, perdió su cultivo. La savia del terruño desaparecía, al par que las mermaidas fuerzas del viejo. Vinieron las privaciones, el helado cierzo, y por último, la muerte. Al padre lo mató la enfermedad, á la madre la pena. El primero necesitó medicinas, la segunda nó. El remedio estaba muy lejos y no venía. La luna de los trópicos quema los ojos, lo mismo que los quema la cal de las lágrimas. ¡Si se juntaran todas las verdades

por las madres españolas, en estos últimos tres años, qué lago tan amargo formarían!

La madre del ciego, hasta la víspera de su muerte, cumplió la oferta que hiciera al partir aquél. Todas las tardes, al declinar el día, iba á esperar á su hijo al pie de la cruz.

Pasaron meses, y los vigías anunciaron vapor á la vista. Entró silencioso en el puerto, y al rodar al abismo las cadenas de sus anclas, produjeron ese ruido siniestro que se alza de la tumba, al recibir la primera paletada de tierra. ¡Aquel barco traía nuestra muerta soberanía de las Indias, envuelta en el desgarrado sudario de la bandera española!

Apoyado en piadoso compañero, terrosa la tez y tardo el paso, pisó tierra hospitalaria el pobre ciego...

Cual el día en que salió, mediaba el crepúsculo de la tarde cuando sus pasos reconocieron la eminencia que le separaba de la cruz. ¡Había recorrido tantas veces aquel camino, que no necesitaba la luz de sus ojos! Con paso resuelto llegó hasta ella, abrazóla y lanzó un angustioso grito. ¡Su madre no le esperaba!

La esquila de la vecina aldea llevó á sus oídos el melancólico tañer del Angelus. Rezó la oración y, volviéndose al Oriente, profirió unas ininteligibles palabras. ¿Serían una plegaria ó serían una maldición?

Trabajosamente llegó el infeliz repatriado á la aldea. Al palpar con mano temblorosa los restos de su hogar, exclamó en el paroxismo del dolor. «¡Bien haya la luna de Oriente que cegó mis ojos: allá abajo, muy lejos, no vi



caer del alto mástil, cual amputado miembro, el alma de España; aquí jamás veré estos despojos que son pedazos de la mía! ¡Mi madre no me esperó en la cruz del Robledal; ante su ara santa, sobre su dura piedra, mis lágrimas mantendrán frescas las suyas!»

Allí la esperaré.

J. ALVAREZ GUERRA